

APACIENTA MIS OVEJAS  
3er Dgo. de Pascua (10 de Abril de 2016)

Jn. 21, 1 – 19

Con la fe en la Resurrección del Señor todo ha comenzado a cambiar, pero al mismo tiempo, todo sigue igual, pues la vida continúa, y solo ha mutado la interpretación de sus tareas. Veamos: las primeras apariciones y mensajes fueron encomendados a las mujeres, percibidos como “*corazonadas*” y no como argumentos convincentes. Luego entraron en escena los hombres, caracterizados por su gran incredulidad, con Tomás como exponente máximo. Jesús citó en Galilea a los apóstoles, que no sabían que estaban a punto de ponerse en camino para iniciar la predicación del mensaje del Señor. Los discípulos eran creyentes, pero no olvidemos que la vida tiene sus exigencias, hay que trabajar para vivir y por eso, volvieron a sus ocupaciones habituales en el mar. ¿Imaginaríamos a los seguidores de Platón o Aristóteles abandonado el Peripato o la Academia para ganarse el sustento en esta clase de labores consideradas “*serviles*” entre los antiguos? La fe no exime a nadie de sus compromisos habituales y no es la profesión la que automáticamente dignifica a la persona que la ejerce, al revés, es la persona quien debe asentar dignidad en lo que hace.

El texto del evangelio de hoy nos muestra una reunión a orillas del lago en una mañana azul de primavera, y si profundizamos en la escena, veremos que hay una representación de la Iglesia: allí está Jesús con siete discípulos (7 es el número en plenitud), hay 153 peces, (que corresponden a la totalidad de las especies reconocidas por los naturalistas de esa época), símbolo de todos los hombres que los seguidores del Maestro debían pescar en el desarrollo de su misión. En otras palabras, hablamos de la universalidad del servicio. Allí están el día y la noche, el esfuerzo y el fracaso, la barca y el mar, los hombres y Cristo. En suma, es la suma de la Iglesia con sus responsabilidades y experiencias. Ahí está la pesca milagrosa que preanuncia la tarea de reunir a toda la humanidad, por mandato dado a los apóstoles, En la actualidad, hablaríamos de Iglesia y mundo, estructura y carismas, discernimiento y signo, perfeccionamiento y códigos de los tiempos (evolución de las técnicas pesqueras incorporando elementos de la sociología, psicología, ciencias humanas... para lanzar las redes en otra dirección cuando el esfuerzo habitual ha demostrado ser inútil).

Hay quienes se inclinan por la renovación carismática más que por la sacramental, considerando las iglesias como tumbas vacías: no se puede seguir buscando a Jesús entre los muertos. Pero la fe tiene dos dimensiones, y más que adaptar el Evangelio a la sociedad, hay que impregnar las estructuras y conformar la sociedad según los principios de aquel. Otros, ven en cada intento de cambio una serie de peligros,

pero la innovación es ley de vida y la seguridad puede exigir movimiento.

“*Pasaron la noche trabajado y no pescaron nada*” nos narra Juan hoy día (v.3) ¿Es usted pesimista respecto a los logros de la Iglesia? Aquí hay argumentos a su favor, pero, ¡ajo!, porque pueden ser falsos. “*Os haré pescadores de hombres*” (Mt.4,19), afirmación que nos muestra un mundo convertido en un gran lago donde astutos peces nadan a sus anchas huyendo de las redes. Cada noche sin pesca significa fracaso humano. Pero llega Jesús y da una orden nueva, desconcertante para la técnica de los hombres, y aunque pareciera absurdo, se logran insospechados resultados. El discípulo fiel debe reconocer cuándo es Jesús quien sugiere nuevos métodos si los bancos de peces migran de aguas y de costas. ¡Hay que ir a buscarlos!

Pedro y Juan son actores destacados en este relato: en ellos toman cuerpo dos fuerzas o carismas diferentes, dos elementos de la Iglesia. Mientras al sepulcro corrieron juntos, Juan llegó primero pero no entró hasta que lo hubo hecho Pedro, admitiendo su primacía. En el relato de hoy, Juan reconoce inmediatamente al Maestro, pero es Pedro quien se lanza al agua y protagoniza el diálogo de la escena subsiguiente. Queda claro que tener el poder no conlleva necesariamente validar primero a Cristo. La pesca milagrosa inició la misión de los discípulos (Lc.5). Pedro recibió la orden de ser pescador de hombres, y posteriormente, la promesa de las llaves del Reino(Mt.16,19). Es el momento de la transmisión de esos poderes personificados en las llaves, previo examen en el amor (v.15-17). Meditemos en las atribuciones divinas confiadas a un hombre y por oposición, en el testimonio anticristiano de quienes a la ligera contestan esos poderes o consideran suelto lo que Él ha atado. Y el perentorio “*¡Sígueme!*”(v.19) confirma que la fe cristiana es seguimiento fiel a Cristo, quien ha nombrado otros guías con poderes y asistencia Suya para que dirijan en Su nombre. La Iglesia necesita el carisma de Juan que “*ve y distingue*”, y el de Pedro, que “*ve y gobierna*”, gracia sin la cual la unidad de la Iglesia se hace ininteligible. Siendo única, la Iglesia tiene multiplicidad de carismas; un solo Cuerpo con muchos miembros y funciones, hablamos de Iglesia en la base y en la cúpula para entenderse, pero siempre, hay una manera de hablar.

+ Bernardo Bastres F sdb.  
Padre Obispo de Magallanes.